

DOMINGO XVIII ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo las huellas de Jesús, que está subiendo a Jerusalén, con la vista puesta en la meta de la cruz y la Pascua, Lucas nos va indicando cómo debe ser nuestro camino cristiano. El domingo pasado hablaba de la oración. El próximo, de la vigilancia.

Hoy nos comunica el mensaje de Jesús sobre el desapego que hemos de tener de las riquezas: un tema muy querido por Lucas, este del afán inmoderado de dinero o los peligros de la riqueza. Lo escuchamos hoy, y puede parecer como un tema "aguafiestas" para los que se encuentran disfrutando de sus vacaciones.

La Carta a los Colosenses, que termina hoy, nos presenta una página muy sustanciosa sobre la vida nueva que debemos llevar los que hemos resucitado con Cristo el día de nuestro Bautismo.

Un poco de escepticismo nos va bien

El sabio del Antiguo Testamento aparece bastante pesimista: "vanidad, todo es vanidad". Nos enseña un sano escepticismo ante lo humano. La riqueza no nos lo da todo en la vida, ni es lo principal: la muerte lo relativiza todo. Es sabio reconocer los límites de lo humano y ver las cosas en el justo valor que tienen, transitorio y relativo. Incluso el trabajo, que parece un valor muy honrado, puede llegar a exagerarse y a hacernos perder la armonía y la paz. Tanto afán y tanta angustia no puede llevarnos a nada sólido.

Es bueno que el salmo nos recuerde que nuestra vida es como la hierba que está fresca por la mañana y por la tarde ya se seca, o que mil años en presencia de Dios, son como un ayer que pasó.



Esta lección del Antiguo Testamento es aún más realista cuando oímos la descripción que hace Jesús del rico que piensa en su cosecha y en sus planes de ampliación. Nos viene bien a todos un cierto toque de escepticismo, para que no corramos tan ansiosamente detrás de lo perecedero, descuidando lo principal. Si vamos por ese camino, las desilusiones van a ser mayúsculas. Mientras que reconocer la vanidad de las cosas humanas es la mejor disposición para dar importancia a las auténticamente importantes.

El Salmo 89 tiene un versículo que gustaba a San Juan XXIII, porque le parecía que ahí estaba el secreto para ver con sabiduría el discurrir de la historia, sin asustarse ni entusiasmarse demasiado: "enseñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato".

No obsesionarse por los bienes materiales

Jesús es un buen pedagogo. El retrato que hace del rico insensato no pierde actualidad. Es conciso pero muy vivo. La lección, muy clara: nos invita al desapego del dinero, porque no es un valor absoluto ni humana ni cristianamente. Una de las idolatrías que sigue siendo más actual, en la sociedad y también entre los cristianos, es la del dinero.

Jesús no nos está invitando a despreciar los bienes de la tierra, pero sí a no dejarnos esclavizar por ellos. No quiere que estemos ociosos, sin hacer nada y abandonando el trabajo, pero sí que no demos valor prioritario a lo material, porque hay cosas más importantes, hasta humanamente. No condena a los ricos o las riquezas, pero sí nos dice que no caigamos en la idolatría, en la obsesión del dinero. La riqueza en sí no es buena ni mala: lo que puede ser malo es el uso que hacemos de ella y la actitud interior ante ella. Si Jesús llamó necio o insensato al rico, no es porque fuera rico, o porque hubiera trabajado por su bienestar y el de su familia, o porque hubiera amasado las riquezas injustamente, sino porque había programado su vida prescindiendo de Dios y olvidando también la ayuda a los demás. Lo que nos está diciendo Jesús es: "guárdense de toda clase de codicia".



Es sabio distinguir los valores importantes y los que no lo son. El dinero tiene su función, pero por encima del dinero y del bienestar material está la amistad, la vida de familia, la cultura, el arte, la comunicación interpersonal, el sano disfrute de la vida, la ayuda solidaria a los demás. Hay que tener tiempo para sonreír, para jugar y "perder el tiempo" con los familiares y amigos.

Sobre todo, están los valores trascendentes, cara a Dios, "los bienes de arriba" de que habla Pablo, que ya son nuestros mejores valores desde hoy: la escucha de la Palabra, los sacramentos, el vivir en cristiano, la vida de la comunidad eclesial y nuestra colaboración a ella, el testimonio de nuestra fe para con los hijos y vecinos. Eso es lo que nos enriquece ante Dios.

Tendremos que tomar en serio las palabras de Pablo: "aspien a los bienes de arriba, no a los de la tierra ... despójense de la vieja condición humana y revístanse de la nueva condición". Y, por si no se entiende bien qué es eso viejo de que tenemos que despojarnos, Pablo concreta: "den muerte a lo terreno que hay en ustedes: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia, y la avaricia, que es una idolatría". No faltan en su lista la codicia y la avaricia: también en sus comunidades hay la tentación del excesivo apego al dinero.

Necio... el que no es rico ante Dios

Lo principal es ser rico ante Dios, y no ante los hombres. Ser ricos en buenas obras, y no en cuentas corrientes. Sería una pena que uno "amasara riquezas para sí", las cosas que cree que le van a dar la felicidad, y no se preocupa de las más importantes "y no es rico ante Dios". El mundo nos invita a una carrera desenfundada por los bienes materiales, para tener más cosas que los demás y asegurar obsesivamente el futuro. Si nos descuidamos, nos convertimos en esclavos de la sociedad de consumo, que crea necesidades siempre nuevas para que gastemos más y más.



Pero lo que contará al final son las buenas obras que hayamos hecho, no el dinero que hemos logrado almacenar (que, además, irá a parar a manos de otros que no lo han ganado). Mereceríamos que Jesús también a nosotros nos llamara necios e insensatos, si desterramos a Dios de nuestra vida, si no nos preocupamos de los demás, si nos llenamos de nosotros mismos y ponemos nuestro futuro en las cosas de este mundo. Seríamos estúpidos, como el granjero del evangelio, porque almacenamos cosas caducas, que nos pueden ser quitadas hoy mismo y no nos van a aprovechar para nada.

Hacemos bien en trabajar y procurar un bienestar para nosotros y nuestra familia y ayudar a los jóvenes a asegurarse una carrera y unos estudios. Pero hay cosas importantes que no se contabilizan ni en el Banco ni en la hoja de calificaciones. A la hora de educar a nuestros jóvenes, deberíamos inculcarles el aprecio a los valores auténticos, tanto humanos como cristianos, relativizando los demás.

Si durante las vacaciones, por ejemplo, seguimos fieles a la Eucaristía dominical, con lo que representa de pertenencia a la comunidad eclesial y escucha de la Palabra y unión con Cristo, estamos dando pruebas de que, junto a valores humanos muy legítimos, no nos olvidamos de los valores cristianos, que son los que, a la larga, nos proporcionarán la verdadera felicidad.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador